



Crisis, conflictos, desastres...

¿y después qué?

Ciclo de 5 sesiones de análisis y de debate público

Del 8 al 29 de octubre en La Casa Encendida



Relatoría realizada por Javier Bombín



PRESENTACIÓN

Como consecuencia directa de una creciente aceleración de la agenda mediática y política, dominadas por una visión de corto plazo muy centrada en lo inmediato, nos hemos acostumbrado ya a que las crisis, los conflictos violentos y los desastres se sucedan de manera imparable ante nuestros ojos. En todo caso, con la misma velocidad con la que dominan nuestro quehacer diario, desaparecen como por ensalmo, ante la incesante corriente informativa que nos lleva inmediatamente a fijar la atención en la siguiente noticia. Al margen de una saturación que lleva en muchas ocasiones a la insensibilidad ante el sufrimiento ajeno, esta constante precipitación de sucesos provoca no solo la sensación equivocada de que lo que no está en los medios de comunicación no existe, sino también la de que lo que ha dejado de estarlo ya puede darse por solucionado.

En este marco, La Casa Encendida, en colaboración con el Instituto de Estudios sobre Conflictos y Acción Humanitaria (IECAH), ha desarrollado cinco sesiones de debate público con el fin de analizar la realidad sociopolítica, económica, ambiental y de seguridad de sociedades que han sufrido el impacto de una crisis, de un conflicto violento o de una catástrofe provocada por fenómenos naturales. A través de documentales, películas, debates y mesas redondas con destacados especialistas, se ha pretendido ofrecer una visión más pausada y de largo plazo, tomando como punto de partida el impacto provocado en cada caso para analizar los resultados alcanzados años después, en función de los compromisos de ayuda y asistencia que se hubieran establecido y del rendimiento de los actores locales e internacionales implicados en la superación de dicho impacto.

En las últimas décadas se han ido consolidando conceptos novedosos y experiencias prácticas que han abordado las cuestiones de rehabilitación posbélica o la reconstrucción posdesastre desde nuevos enfoques. Así, el concepto de “resiliencia” o capacidad de recuperación está sirviendo para superar enfoques meramente asistencialistas de la cooperación y para fomentar una mayor participación y protagonismo de las comunidades afectadas. Al mismo tiempo, planteamientos como el de Reducción del Riesgo de Desastres (RRD) o el de Vinculación-Ayuda-Rehabilitación-Desarrollo (VARD) están usándose en la práctica para incorporar

elementos preventivos de visión de largo plazo en las situaciones de crisis, conflicto o desastre. Y aunque aún subsisten muchas dificultades para llevar adelante estas iniciativas, también ha habido experiencias muy positivas como las que se han tratado de mostrar y analizar a lo largo de las jornadas.

Se ha buscado, por tanto, presentar una muestra suficientemente representativa tanto en términos temáticos como geográficos, habiendo sido seleccionados casos que corresponden a diferentes regiones del planeta y que se distinguen especialmente por combinar elementos medioambientales, de asistencia humanitaria, de reconstrucción posbélica y construcción de la paz en sociedades afectadas por la violencia. De igual modo, se ha procurado atender a casos con diferentes grados de “éxito”, desde aquellos que pueden considerarse como consolidados y sostenibles a otros que siguen lastrados por obstáculos todavía por superar.

8 DE OCTUBRE. MESA REDONDA 1:

La reconstrucción de las sociedades golpeadas:
algo más que volver a la casilla de salida

Si bien se pudo mirar con cierto optimismo los años que siguieron al final de la Guerra Fría por una disminución del número de conflictos abiertos, la realidad es que el número de víctimas de enfrentamientos violentos se ha mantenido, aún en la actualidad, en unas cotas muy elevadas. Según estudios como los del SIPRI o la Escola de Cultura de Pau, se calcula que el 50% de los tratados de paz acaban sufriendo algún tipo de violación. Asimismo, la Academia insiste en la preocupante trayectoria ascendente del número de desastres de componente natural¹ y sus víctimas a lo largo de las últimas décadas.

Por tanto, para evitar la repetición o reaparición de los desastres, se vuelve del todo necesario hacer especial hincapié en los retos que se le plantean a la acción humanitaria de atacar las vulnerabilidades de fondo y las causas estructurales de los conflictos y desastres en las tareas de rehabilitación o reconstrucción de la paz. Con ello, se evitaría volver a la situación de partida que, a fin de cuentas, es la que ofrecía los factores y facilidades para el desencadenamiento del desastre. Una buena manera de abordar esta necesidad es a través de lecciones aprendidas, del análisis de los aciertos y errores en la realización de esas tareas o sobre estudios de caso en dos asuntos transversales a la acción humanitaria: el género y la gestión medioambiental.

¹ El componente humano para convertir en desastre un fenómeno natural es del todo determinante, bien por su influencia en el aumento de esos fenómenos —“cambio climático”—, bien por la escasez e ineficiencia de los recursos destinados a estrategias de Reducción del Riesgo de Desastre (RRD) y preparación ante éstos. Sobre esto se incidirá más en la ponencia de Ignacio Santos y Arturo López Ornat.

FRANCISCO REY, codirector del IECAH

Francisco Rey, como primer ponente de la mesa redonda e introductor del estado de la cuestión, ahonda en las principales características que afectan hoy a la acción humanitaria y a la cooperación al desarrollo en general, en su actuación posterior a los desastres.

La desafortunada concepción, común todavía, de la rehabilitación posdesastre o reconstrucción posbélica como un proceso lineal o de superación de ciertos escalones para el alcance de otros –primero ayuda humanitaria, posteriormente rehabilitación seguida de proyectos de desarrollo, democracia, respeto por los Derechos Humanos, etc.– característica del modelo del *continuum humanitario*, se ve truncada por la realidad, que, cambiante y compleja, muestra la dificultad de éxito de esta visión. Esta dificultad, en los casos de conflictos, se ve agravada, además, por la tradicional concepción formalista por parte de los donantes de los acuerdos de paz y el menosprecio del trabajo que queda por hacer cuando se firman, ya que, en muchos casos, comportan muchos y nuevos costes sociales –otra nota definitoria de la actuación posdesastre de la acción humanitaria actual, pasa por confundir el deseo con la necesidad; rápidamente se acuñan términos como “posconflicto”, obviando los enormes escollos que hay que superar paulatinamente en la construcción de la paz para el verdadero fin de la violencia–. Téngase en cuenta que una de las características compartidas por muchos de los procesos de reconstrucción de la paz ha sido la ausencia de un modelo, casi al estilo occidental, en los que se hagan primar valores como la justicia, la responsabilidad sobre los crímenes o la reparación de las víctimas. Frente a esta visión, el modelo más integral del *contiguuum* o las estrategias de gestión y reducción de riesgos (RRD) entienden la reconstrucción desde la perspectiva de la inevitabilidad de los desastres, pero desde la posibilidad del análisis de sus riesgos y de su reducción, al tiempo que trabaja sobre otros aspectos tales como el desarrollo o procesos de más largo plazo de consolidación de los tejidos sociales, tratando de evitar volver, como se indicaba más arriba, a la situación de partida.

Otra nota distintiva de la actuación posterior a los desastres por parte de la comunidad internacional es la discrecionalidad e incumplimiento por parte de los



donantes de los compromisos contraídos para el sostenimiento de la reconstrucción en las conferencias de donantes tras grandes desastres. En muchos casos, es básicamente un interés lucrativo el que mueve a los estados a participar en el “negocio de la paz”, y, además, es frecuente que no sean donadas finalmente las cantidades acordadas ni con la celeridad prometida; todo ello sin existir mecanismos internacionales que ejerzan cierta coerción para su cumplimiento. Las conferencias de donantes se han convertido en un ritual que, junto a aspectos positivos, esconden otras realidades más engañosas. Al margen de la discrecionalidad mencionada, los donantes suelen compartir otras características que afectan notablemente a la actuación en el tema que nos ocupa: por un lado, es palpable la falta de coordinación entre todos los actores que toman parte en el proceso, así como la coordinación entre los campos del desarrollo y la acción humanitaria; por otro lado, existe una enorme rigidez en los instrumentos de cooperación para hacer frente a situaciones que, como hemos visto, requieren mucha más flexibilidad.

Finalmente, desde una perspectiva del impacto occidental en el proceso, observamos tres grandes fallas todavía. Una pasa por la falta de multidimensionalidad a la hora de abordar la reconstrucción. Si bien es necesaria la reconstrucción material, es decir, la de bienes físicos e infraestructuras, han de atenderse también los aspectos sociales, de derechos, psicológicos, culturales o de género entre otros. Otra de ellas pasa por el ejercicio por parte de Occidente de una suerte de neocolonialismo, excluyendo a la población local de su propio proceso de construcción de la paz o rehabilitación cuando no sea un fenómeno que se pueda importar. No obstante, han nacido muchas iniciativas desde la ONU u otros organismos en las que empieza a fomentarse el papel de las mujeres como factores imprescindibles en estos procesos de reconstrucción posbélica². Por último, cabe plantearse el interrogante, dada la agenda de seguridad actual, de si la voluntad de los estados con alto nivel de desarrollo es la consecución efectiva de la resolución de los conflictos o, más bien, la de estancarse en el estadio de su estabilización por determinados intereses geopolíticos. Todo ello con las perniciosas consecuencias de relegar ciertos papeles humanitarios a las fuerzas armadas, provocando con ello la duplicación de actividades o la sustitución del poder local como parte esencial del proceso.

² Un ejemplo de ello será la resolución 1325 de las Naciones Unidas del año 2000, algo que se tratará de forma más exhaustiva en la ponencia de Mila Ramos.



En cualquier caso, las tareas de reconstrucción y rehabilitación posbélica y posdesastre son uno de los retos para los países afectados y para la comunidad internacional en el actual contexto mundial.

IGNACIO SANTOS, consultor en temas de medio ambiente, desarrollo y cooperación.

“La gestión de los ecosistemas debería ser un componente clave en la estrategia de Reducción de Riesgos de Desastre”

Un hecho actual y demostrado es el preocupante ascenso de los desastres de componente natural o climático si se compara con décadas anteriores, así como el número de personas expuestas a los mismos. Una tendencia ascendente que, en algunos casos, como es el africano para las inundaciones, en 2030 pueda llegar a quintuplicar la cifra de personas expuestas a las mismas de las que lo estaban en 1970 o casi triplicarla en el caso asiático.

Por desastres podemos entender las alteraciones severas del funcionamiento de una comunidad o una sociedad debido a fenómenos físicos peligrosos –que bien pueden ser puramente naturales, socio-naturales o claramente antropogénicos–, que interactúan con condiciones sociales de vulnerabilidad y que conducen a amplios efectos adversos humanos, materiales económicos o ambientales y requieren una respuesta inmediata de emergencia para satisfacer necesidades humanas críticas.

Entrando en materia ambiental en la actuación posdesastre, el ponente citó el manual de 2009 del IUCN (International Union for Conservation of Nature and Natural Resources), titulado: *Integrating Environmental Safeguards into Disaster Management: a field manual*³ como la mejor y más actualizada compilación de las buenas prácticas para esta tarea. Ahondando en la parte que nos ocupa dentro del ciclo de intervención, es decir, en las tareas posteriores del desastre tales como la respuesta, la recuperación y la reconstrucción, el ponente se centró en la restauración de los ecosistemas. Por esta restauración entendemos el restablecer la estructura, productividad y diversidad de especies que se encontraba en un lugar que se ha degradado, dañado o destruido, que

³ Los lectores pueden acceder al volumen I del manual a través del siguiente enlace:
<http://data.iucn.org/dbtw-wpd/edocs/2008-058-1.pdf>



con el tiempo, los procesos y funciones ecológicas de lo restaurado, se aproximarán a los del hábitat original⁴.

La restauración de los sistemas cobra una mayor relevancia cuando hacemos un estudio del grado en el que éstos afectan directamente al bienestar humano. Una iniciativa interesante es la llamada *Millenium Ecosystem Assessment* (Evaluación del Ecosistema del Milenio), nacida en el año 2006, en la que se estudian todas estas cuestiones con profundidad y ofrecen un claro marco conceptual de esa interacción entre los seres humanos y los ecosistemas. No hay que olvidar que dos terceras partes de la población de la Tierra viven del medio ambiente y son las personas más pobres las que ven sus economías directamente dependientes de él. Es reseñable el dato de que el 95% de las muertes provocadas por desastres naturales ocurren en los países en desarrollo.

Los ecosistemas, al margen de ofrecer a los seres humanos un sinfín de recursos o de valores culturales y religiosos a lo largo y ancho del planeta, poseen una importancia especial en la prevención de desastres de componente natural. Un ecosistema degradado es un factor crucial en el desencadenamiento de desastres. El reciente informe de 2011 de GAR sobre la evaluación global de riesgos de desastres, titulado “*Revelar el riesgo, replantear el desarrollo*”⁵, defiende precisamente la RRD a partir de los ecosistemas. Del mismo modo, el cambio climático, que era el elemento que nos faltaba en la ecuación por estar tan relacionado con los desastres y los ecosistemas, es hoy estudiado por la comunidad científica como un enorme factor de degradación ambiental, pero entre las corrientes de gestión del cambio climático más novedosas se encuentra, precisamente, el papel que los ecosistemas pueden jugar en su mitigación.

Empezamos a enlazar de forma inextricable, por tanto, la restauración de los ecosistemas, el desarrollo sostenible, el cambio climático y la gestión de los desastres. De ahí la enorme necesidad de interiorización por parte del mundo de la cooperación al desarrollo y de la acción humanitaria, de la importancia de la conservación y

⁴ Puede encontrarse más información en la Society of Ecological Restoration. www.ser.org o en otros manuales como los del IUCN, *Ecological restoration*, o el de la UNEP, *Dead Planet, Living Planet*.

⁵ Se puede encontrar una síntesis del informe en la siguiente dirección:
http://www.preventionweb.net/english/hyogo/gar/2011/en/bgdocs/GAR-2011/GAR2011_ES_SPANISH.pdf

restauración de los ecosistemas una vez estudiado el importante papel que juegan sobre los otros elementos de la red que acabamos de citar.

MILA RAMOS. Presidenta de la ONG Mujeres en Zona de Conflicto.

“Las mujeres desean y deben participar activamente en los procesos de construcción de la paz”

La presidenta de Mujeres en Zona de Conflicto comenzó recalando aspectos comunes del género en los procesos de situación bélica. En primer lugar, asemejó la identidad de género a una delgada línea roja fácil y habitualmente franqueada cuando la situación lo requiere, lo que da cuenta de la fragilidad que todavía posee. Asimismo, destacó la sempiterna transgresión sistemática de las fronteras del género en todos los conflictos y, en tercer lugar, advirtió de la complejidad de la situación tras la detención de la violencia ya que, en muchos casos, el género, tras la guerra, pasa por dificultades y cambios a menudo más difíciles de superar una vez que el tejido social ha sido prácticamente dinamitado.

Recurriendo a la casuística como base de la argumentación, trajo a colación ejemplos, en su mayoría pertenecientes a la Guerra de Bosnia (1991-1995), de estos aspectos relativos al Género. Como bien es sabido, violaciones, torturas, esclavitud sexual, y otros tantos crímenes contra las mujeres, fueron tónica general e incluso táctica bélica durante toda la guerra sin importar demasiado los números brutos de la “nación” que los perpetrase. La principal excusa por parte de los países aliados tras la II Guerra Mundial de no haber intervenido previamente para evitar la “Solución Final”, era su desconocimiento de lo que estaba aconteciendo; entonces, ¿qué ocurrió en la Guerra de los Balcanes, cuando el mundo era prácticamente consciente a tiempo real de los crímenes de lesa Humanidad y las vejaciones a las mujeres –sólo para el año 1994 se calcularon en torno a 60.000 mujeres violadas incluyendo niñas y ancianas– y no se intervino como la situación requería?

Otro proceso acontecido de desplazamiento de las fronteras de género durante la guerra, fue el modo en el que las mujeres, tanto en los campos de refugiados como en las ciudades, tuvieron que desempeñar roles hasta entonces vetados para ellas al



encontrarse la mayoría de la población masculina en el frente. Desde la organización de la resistencia o la gestión de comedores públicos, pasando por escuelas improvisadas, las mujeres sacrificaron mucho en pro de la seguridad de la población que se quedó en la retaguardia. Esto entronca con la reivindicación de autoría por parte de muchas mujeres de países golpeados por conflictos, como recoge un informe-diagnóstico que apoyó la organización de la ponente, de todas las medidas que posteriormente las resoluciones internacionales o acuerdos de paz consideraban claves en el tema de género durante las reconstrucciones posbélicas. Es decir, por un lado, tratan de apuntar que estas directrices humanitarias para con las mujeres y su deseable condición de sujetos susceptibles de protección, no fue nada novedoso o algo que no hubieran reivindicado ellas antes, pero, por otro, tratan de hacerse ver como actores principales en los procesos de construcción de paz.

Ahondando más en el papel de las mujeres en los procesos de reconstrucción de la paz, se destacaron dos resoluciones de las Naciones Unidas de especial interés. Una es la 1325 de octubre de 2000 y la otra, la 1820 de 2008⁶. En la primera de ellas, se subraya la importancia de que las mujeres participen en pie de igualdad e intervengan plenamente en la prevención y resolución de los conflictos, la consolidación de la paz y el mantenimiento de la paz. Del mismo modo, tipifica los delitos cometidos contra las mujeres en la guerra y da obligatoriedad a todos los informes de la ONU de abordar las cuestiones de género. Es a esta resolución a la que se han solido agarrar gran parte de los procesos, pero ha sido claramente criticada por muchas asociaciones de mujeres al valorar su impacto real.

Al cruzar las opiniones sobre la resolución 1325 de mujeres colombianas, palestinas y bosnias en los informes-diagnóstico de Mujeres en Zona de Conflicto⁷, observamos tres puntos de coincidencia: en primer lugar, la inexistencia de planes o políticas de aplicación efectiva la participación femenina en estos países por mucho que se acepte la resolución. En segundo lugar, se destaca la impresión de papel divisorio de la resolución entre los colectivos de mujeres de estas sociedades al formar grupos a

⁶ Véanse sendas resoluciones en las direcciones:
[http://www.un.org/es/comun/docs/?symbol=S/RES/1325\(2000\)](http://www.un.org/es/comun/docs/?symbol=S/RES/1325(2000)) y
[http://www.un.org/es/comun/docs/?symbol=S/RES/1820\(2008\)](http://www.un.org/es/comun/docs/?symbol=S/RES/1820(2008))

⁷ Otro documento de gran interés para ahondar en el asunto puede ser el de MESA, Manuela, "Las mujeres cuentan: Informe de seguimiento sobre la aplicación de la resolución 1325 en España", CEIPAZ, N°9 (2011). <http://www.ceipaz.org/images/contenido/CEIPAZ-1325%20informe.pdf>

favor –por considerarla un avance– o en contra –por no ser sino una perpetuación de la guerra y de nula aplicabilidad–. Por último, el informe advierte de la crítica a la concepción negativa de la seguridad que defiende la resolución, más basada en lo policial-militar en detrimento de una seguridad positiva, más centrada en lo humano, que defienden estas mujeres como camino a seguir. Podemos afirmar, por lo tanto, que la resolución 1325 a día de hoy no está teniendo el peso requerido en prácticamente ninguno de los países en conflicto o recientemente arrasados por una guerra.

10 DE OCTUBRE. MESA REDONDA 2:

África Subsahariana, una aproximación con claroscurros

En un mundo como el actual, donde ya casi podemos hablar de un sistema globalizado tanto económica como políticamente, convendría abandonar la postura de “nosotros-ellos” o “norte-sur” para abordar los problemas que atraviesa el continente africano en nuestros días. No se trata de reducir la cuestión a diagnosticar que las sociedades del sur son las culpables de la situación que atraviesan, ni de tomar al “centro” de ese sistema, es decir, al Norte, como el responsable a partir de la gestión de una constante trayectoria desde hace siglos de explotación y expolio de la “periferia”, en este caso, los países africanos. Efectivamente, Occidente ha jugado durante muchas décadas ese papel colonial y neocolonial en nuestros días, pero también existen unas élites en los países africanos que son responsables del suministro a sus sociedades de unos mínimos de bienestar y de ser a ellas a quienes rendirles cuentas, cuando, en realidad, están participando del juego del “centro” codo con codo. El debate, por tanto, debería encauzarse sobre las políticas globales que hay que llevar para dar solución a los problemas del subdesarrollo. Del mismo modo que en las sociedades occidentales el modelo del estado se sigue debatiendo entre el modelo del bienestar o su reducción a la mínima expresión, la cooperación internacional no escapa de ese debate. Las políticas internacionales pueden buscar continuar favoreciendo a esas élites del sur, o pueden buscar seguir una serie de normas desde distintos ámbitos, tales como los migratorios, financieros o comerciales como opciones o alternativas al modelo neoliberal vigente, gracias al cual podemos explicar gran parte de las situaciones que África atraviesa en este momento.

La sesión fue prologada por la Proyección del documental *One Goal*, de Sergi Agusti. Un documental que nos lleva por el camino hacia la paz que un grupo de jóvenes amputados inició hace años en Sierra Leona, uno de los países con los Índices de Desarrollo Humano más bajos y con un elevadísimo número de personas discapacitadas por las mutilaciones durante la guerra recientemente acabada. De iconos de la guerra a iconos del futuro y de la paz a través de una pasión: el fútbol. Estos



jóvenes, que han conseguido exportar el fútbol para mutilados a otros muchos países e incluso crear una copa africana para amputados de guerra que ya va camino de su cuarta edición, son el ejemplo perfecto de una sociedad activa que trabaja por su propia reconstrucción tras una devastación como la que sufrió el país a causa de la guerra. Son iconos de superación y de la búsqueda de salidas para quienes han de luchar contra su propia discapacidad y contra algo peor: el rechazo social.

ITZIAR RUIZ-GIMÉNEZ. Coordinadora del Grupo de Estudios Africanos, Universidad Autónoma de Madrid.

“Un diagnóstico desde una óptica liberal para explicar las causas de las guerras en África, no puede sino ofrecer como solución una paz liberal”

Desde finales de la Guerra Fría, África ha sido un continente privilegiado en la agenda internacional de construcción de la paz. Diversos actores participan de ello: Naciones Unidas, Unión Africana, SADC, ONG, otros actores locales, etc. Pero sólo unos pocos de todos ellos han conseguido consensuar una visión hegemónica, un diagnóstico imperante, sobre las causas que explican la situación violenta de muchos países africanos y desde un prisma claramente diferenciado: el liberal.

Hoy podemos destacar dos aspectos en los que se centra ese diagnóstico que, como es tradición, hacen recaer la “culpa” y el error sobre esas sociedades. El primero de ellos es el **imperio de los señores de la guerra** que, haciendo uso de una violencia extrema, explotan y se realimentan con el dominio de los recursos naturales, impidiendo la reconstrucción pacífica de las regiones donde se encuentran. El segundo, y en relación con el anterior, es lo que se ha dado en llamar los Estados Fallidos, derrumbados por sus élites.

Pues bien, si este es el diagnóstico, las soluciones para la búsqueda de la paz y el fin de la violencia no distan mucho de forjarse desde el mismo prisma del anterior y con el logro de alcanzar el mismo grado de hegemonía. Para combatir a los señores de la guerra se ha optado como mejor remedio el **acuerdo del poder compartido**, es decir,

tratar de convencerlos de que la paz les sale más rentable tratando de granjearse su apoyo a condición de unas prebendas que bien pueden ser sociales, como ascensos y méritos en el ejército o puestos gubernamentales; o bien económicas, es decir, favorecer que sigan sacando provecho de la explotación de los recursos naturales, abriéndoles la posibilidad de participar con acciones de empresas con inversión en el país, o favores de esta laya. Huelga mencionar que en la mesa se discuten las condiciones de exculpación legal de los crímenes contra los Derechos Humanos y de la guerra por ellos perpetrados. Esa es la razón de que se le llame también “modelo del olvido” frente al “modelo del castigo” –en los que la realidad ha demostrado que los castigados suelen ser los perdedores–, o el “modelo del perdón” que ha tenido su gran paladín en Sudáfrica a través de sus célebres Comisiones de la Verdad. Con respecto al Estado Fallido, la solución propuesta es la transición hacia un estado que sea poseedor de tres características para occidente bien conocidas: **seguridad, democracia y economía de mercado**. Una triple transición necesaria para alcanzar la paz liberal.

Todo ello responde, en realidad, a la voluntad de contener y limitar por parte de Occidente las amenazas que consideran originadas en estos estados fallidos y que posteriormente han de sufrir. Estos son, entre otros, las redes de narcotráfico transnacionales, el terrorismo internacional o los movimientos migratorios. Es decir, las soluciones propuestas buscan más evitar que estos estados sigan siendo el caldo de cultivo de problemas con los que luego los estados desarrollados deben lidiar, que una resolución efectiva de los conflictos o la reconstrucción de esas sociedades. De ahí la desproporcionada cantidad de fondos destinados a las fuerzas armadas, a las fuerzas de seguridad del estado o a las agencias de inteligencia, en comparación con otras ramas de actuación para la tarea de reconstrucción en esa triple transición. No cabe duda: se busca una paz liberal que se empape de intereses de occidente, bien de seguridad, bien económicos.

ANTONIO SANTAMARÍA. Presidente del Centre d' Estudis Africans y miembro de L' Agrupació de Recerca i Docència en Àfrica (ARDA)

“No es posible una reconstrucción económica sin una reconstrucción política, pero las dos se están enfocando desde el prisma neoliberal donde se está obviando lo más importante: que los intentos de reconstrucción desemboquen en un proyecto de desarrollo”

La reconstrucción económica de los países africanos golpeados por conflictos violentos no sale hoy día del marco político y económico neoliberal imperante. Dada la complejidad que estos procesos de reconstrucción esconden, tratar de abordarlos desde una perspectiva únicamente económica sería bastante inefectivo. No obstante, se podría incidir en el modo en que se están llevando esas políticas de reconstrucción y ciertos indicadores que den cuenta de la situación que los mencionados países atraviesan.

Estas estrategias pasan por una fijación de objetivos a corto plazo y otros a medio y largo plazo. Las metas a corto plazo, basadas principalmente en la estabilización financiera del país, no se alejan mucho de los programas de ajuste estructural de la década de los ochenta del pasado siglo. Podemos afirmar que no son de la misma “dureza” que aquellos, pero las consecuencias sociales derivadas no son muy diferentes. Al fin y al cabo, lo que se pretende a partir de estos planes es crear unas condiciones mediante el saneamiento del déficit, de los presupuestos o la recuperación de la moneda, que favorezcan el aumento del nivel de capitalización del país y atraigan la inversión extranjera. Pero el proceso que a medio o largo plazo verdaderamente mejoraría las condiciones de vida de la población, sería la consolidación de programas de desarrollo sostenible del país, y no hace falta mucha argumentación para probar que es el punto donde más fallas existen. Con respecto a los resultados de estas políticas, la casuística es variada ya que, si bien es verdad que ciertos países como Sudáfrica o Ruanda se han visto más favorecidas, otros como Mozambique y Angola no han percibido esas mejoras y otros estados, como la República Democrática del Congo (RDC), se halla en un estado de caos absoluto y sin vistas a la recuperación, sino, más bien, a continuar en un proceso de caída y mayor desestructuración.



Otro de los aspectos sobre los que podemos incidir para acercarnos con más precisión a la situación social de los países en procesos de reconstrucción posbélica es el de las condiciones de vida. Esta puede definirse por los gastos públicos en programas de seguridad alimentaria, fortalecimiento institucional, sanidad o educación. Índices como los de Desarrollo Humano (IDH)⁸ son de gran fiabilidad para entender de una forma más global las condiciones de vida que estancarse exclusivamente en datos económicos. A partir de este índice, vemos como de nuevo Sudáfrica y Ruanda están bastante aventajados en su crecimiento, pero la RDC sigue en constante descenso. Otra manera de complementar estos índices es a través de datos relativos a la seguridad alimentaria o ingesta de calorías. Sus ventajas es que no sólo abordan la situación del mundo rural sino también el urbano y conviene reseñar el hecho de que un 40 o 50% de la población en varios países africanos tiene serios problemas de seguridad alimentaria casi todos los años.

Otro factor económico que por sistema suele estar presente en los conflictos y muy vinculado a la seguridad alimentaria anteriormente mencionada, es la tierra y el acceso a la misma. Está presente en el conflicto de Angola, en el de Ruanda, en el de Sudáfrica, en el de Mozambique y en el de la RDC. No es cosa baladí teniendo en cuenta que salvo en Sudáfrica, casi tres cuartas partes de la población de estos países ve su supervivencia directamente vinculada a este capital. Las soluciones tomadas referentes a las reformas agrarias no escapan del prisma neoliberal y muchas se han enfocado básicamente a favorecer la compraventa de tierra tratando de crear una serie de medianos productores que entren en el mercado con sus excedentes, olvidando que aproximadamente el 60% de la población campesina sigue cultivando la tierra en régimen de subsistencia. No obstante, sí ha habido algunas reformas agrarias que, a pesar de poseer una gran debilidad institucional, han buscado la mejora campesina.

El coeficiente de Gini es otra de las formas posibles de aproximarse a la situación y transformación de estas sociedades ya que no hace sino apuntar el grado de dispersión en el reparto de la riqueza en el conjunto de la sociedad. Cuanto mayor sea el valor, menos repartida está la riqueza, es decir, que es mayor la brecha entre las personas más ricas y las más pobres. De este modo, vemos que si por un lado los indicadores de crecimiento macroeconómicos de estos países en reconstrucción tan

⁸ Pueden consultarse todos los datos de IDH sobre cualquier país en el siguiente enlace:
<http://hdr.undp.org/en/statistics/>

asidos por las grandes situaciones financieras, pueden ser favorables o positivos en algunos de ellos como Uganda, Ruanda y Sudáfrica, es decir, que existe una tendencia de crecimiento ascendente, esa riqueza generada no está siendo repartida equitativamente sino quedando concentrada en pequeños grupos de la sociedad y la población bajo el umbral de la pobreza no ha disminuido sino que sigue en los mismos niveles e, incluso, superiores.

Un elemento generalmente olvidado y de especial relevancia en el análisis de la reconstrucción es el de la seguridad e integración regionales. No sólo son necesarias la estabilidad política, económica o las políticas sociales para la correcta reconstrucción, también influye de forma notable el grado en el que el país se ve inserto en las tendencias de sus países limítrofes y cómo estos pueden influirle a través del contagio de conflictos violentos o tendencias económicas. Una vez creados unos lazos comerciales, por ejemplo, suele ser más complicado el uso de la fuerza para dirimir los conflictos que puedan surgir. Existen una serie de procesos de integración en marcha en África que pueden ser tomados como síntomas positivos de los procesos de reconstrucción individuales. En el África Austral, por ejemplo, con un claro líder como es Sudáfrica, parece que se está avanzando mucho en la integración de la región. En el caso oriental, parece estar habiendo avances –como un pasaporte común, por ejemplo– amén de lazos económicos, pero si su líder debiera ser la RDC, la situación es tan complicada que ese papel está siendo desempeñado en los últimos años por Kenia.

A modo de resumen, se han presentado diversos métodos de análisis e índices para abordar las condiciones que atraviesan los países africanos en proceso de reconstrucción. Estas condiciones deben ser estudiadas tratando de evitar conformarse con los grandes datos macroeconómicos o financieros sino ahondando en los indicadores de la situación de vida que tienen sus poblaciones. Esa es la razón de que hayamos percibido mejoras económicas en muchos de ellos, pero sigue sin darse solución a grandes problemas que repercuten directamente sobre las personas, tales como la seguridad alimentaria, los problemas de acceso a la tierra o el desigual reparto de la riqueza del país. La clave para salir de esta situación pasa por no estancarse en programas de estabilización neoliberales sino entender la reconstrucción como un proceso que debe derivar en un proyecto sólido de desarrollo para el efectivo progreso social de estas poblaciones.

15 DE OCTUBRE. MESA REDONDA 3:

Centroamérica, insistencia en el error

La jornada del 15 de octubre abrió sus puertas con la proyección del documental *El lugar más pequeño*, de Tatiana Huevo Sánchez. Un documental que refleja de una manera poética y optimista una historia dolorosa y cruel, la del pequeño pueblo salvadoreño de Cinquera, devastado por la guerra civil. Veinte años después, sus habitantes comparten sus recuerdos, memoria y experiencias para representar la devastación del pueblo por los “escuadrones de la muerte”, dejando el agrisulce sentimiento, gracias al sentido del humor de sus protagonistas mezclado con el dolor y la nostalgia, de que a pesar de todo, la vida sigue. No hace sino demostrar que es posible la reconstrucción de un presente desde un pasado robado por la violencia más descarnada.

Una región del mundo como Centroamérica, que tiene uno de los niveles de violencia más elevados del mundo –hay cálculos que indican que hoy en día, uno de cada cincuenta hombres morirá asesinado antes de cumplir los treinta años– y tan atosigada por los desastres de tipo natural y a los que no se ha acabado de dar la respuesta precisa, invita al debate sobre las estrategias humanitarias que deben abordarse en el futuro teniendo en mente todavía los aciertos y errores de una referencia sobre la que trabajar por ser la de mayor impacto en lo que a respuesta ciudadana se refiere en la sociedad española: el huracán Mitch. En esta sesión se abordaron las buenas prácticas de respuesta a los desastres de componente natural con ejemplos en la región, dando especial peso a la necesidad de la actuación a largo plazo y centrándose en el fortalecimiento de las capacidades locales y su preparación para la respuesta. Asimismo, se ahondó en metodologías novedosas participativas para la conservación de los ecosistemas y salvaguarda de los recursos como uno de los caminos más efectivos para la mitigación de los desastres.

ARTURO LÓPEZ ORNAT. Consultor internacional sobre conservación y desarrollo y miembro de la Comisión Mundial de Áreas Protegidas de la UICN.

“La conservación de los ecosistemas es la base de la sostenibilidad del uso de recursos y debería ser parte fundamental de los proyectos de acción humanitaria y cooperación al desarrollo”

El ponente, a partir de su experiencia personal como partícipe en proyectos de conservación y desarrollo en Centro y Sudamérica, trató de presentar modelos novedosos basados en la participación para la conservación de los ecosistemas.

No cabe duda de que hoy en día parece necesario el estallido de alguna emergencia ambiental de grado medio para que las instituciones o partes tomadoras de decisiones actúen sobre las zonas con grave peligro de derivar en problemas socioambientales. Estas actuaciones, a su vez, siempre han sido dirigidas desde las distintas agencias de cooperación sobre zonas que ya se hallaban en un proceso de conservación y sostenibilidad de los recursos bastante avanzadas.

Pero la conservación de los ecosistemas como camino de evitar los conflictos sociales derivados, al margen de basarse en metodologías puramente científicas desde el campo de la ecología, debe partir de procesos más abiertos en los que todos los actores sociales directa o indirectamente involucrados participen como mejor sistema de asegurar su sostenibilidad. El objetivo principal de esta metodología participativa, desarrollada desde el trabajo en distintas zonas y la mejora por las lecciones aprendidas, descansa sobre la base de favorecer el diálogo, aunque sea por primera vez, entre todos con el fin de fijar un diagnóstico común sobre la situación ecológica de la región y buscar unas soluciones consensuadas.

La experiencia ha demostrado que el medio ambiente puede ser un factor de consenso muy poderoso, pero requiere una serie de condiciones para que pueda tener cierto éxito. Una de ellas pasa por la absoluta necesidad de la existencia de buen gobierno ya que se hace básica la transparencia, así como la ruptura de estructuras verticales y jerarquías que favorezcan una participación más abierta y horizontal. Fijando objetivos a corto plazo y un sistema de evaluación y seguimiento, junto con un

actor desempeñando el papel de mediador neutral, ese consenso alcanzado puede no romperse.

Parte de las soluciones para estos conflictos es el intento de fijar e imponer como compartido entre todos los actores los costes de la conservación en las zonas donde el ecosistema más lo requiera. Si entre todos los que se benefician de su sostenimiento se sufragan esos gastos, el beneficio común es pleno y no repercute económicamente en quienes tratan de mantenerlo por estar su supervivencia directamente ligada a él.

PABLO ALCALDE. Ingeniero Técnico Industrial y responsable del departamento de Agua, Saneamiento e Higiene en Acción contra el Hambre

Pablo Alcalde trató de abordar los enfoques de las intervenciones tras los desastres de componente natural y su vínculo con el fortalecimiento de la resiliencia y la disminución de la vulnerabilidad. Recorriendo paso a paso las fases que suele atravesar una actuación humanitaria, acabó por resaltar la serie de “buenas prácticas” que toda intervención debería seguir.

Un primer paso que ya de por sí presenta controversias es la propia llegada de la ayuda extranjera al país o región donde haya ocurrido el desastre. Es una visión bastante común la de percibirla como la rescatadora y salvadora de vidas, obviando su principal misión de proteger la dignidad de las personas desde un enfoque de los derechos que estas poseen y del concepto de justicia. Las emergencias, a diferencia de lo que en muchas ocasiones ocurre, no deben ser vistas como una actuación de improvisación, sino que deben trabajarse desde la propia preparación de las comunidades para el desastre y favorecer la mitigación de sus efectos si estos se desencadenan. La amenaza a la que está expuesta la comunidad no se puede evitar, pero los riesgos y las vulnerabilidades sí se pueden reducir o mitigar con preparación y atendiendo a las prioridades de la comunidad fortaleciendo sus capacidades, capitales y posibilidades de respuesta. La crisis suele ser tratada en primer lugar desde la rehabilitación y la regeneración de los medios de vida previos a la misma, pero la respuesta debe encuadrarse siempre en un contexto socioeconómico de desarrollo concreto en el que la crisis ha acontecido, evitando abordarla de forma aislada. Una vez “aterrizada” esta



ayuda, el paso a seguir es el de una valoración de la situación y evaluación como complemento a la imprescindible respuesta interna de la región, que en el caso centroamericano ha demostrado estar bastante desarrollada en muchas situaciones de desastre, y no como una ayuda que ejecutar sin contar con la población afectada.

El conferenciante, antes de incidir en una suerte de decálogo de buenas prácticas en toda actuación humanitaria, recalcó errores comunes en las intervenciones de las últimas décadas. En muchas ocasiones, la respuesta internacional pasa por el envío de expatriados expertos que dan soluciones que no tienen en cuenta las verdaderas necesidades de la comunidad. Del mismo modo, los objetivos de los gobiernos donantes no siempre se identifican con los de las comunidades afectadas, que acaban por recibir unas respuestas complejas e insostenibles en el tiempo.

Esa es la razón de que se planteen una serie de retos a las intervenciones que pasarían por los siguientes puntos:

- 1) La respuesta debería atender a las necesidades y demandas de la población y no al cumplimiento de una check list diseñada por gente ajena al desastre.
- 2) No deberían simplificarse las crisis al desarrollarse en contextos tan complejos; por ello, debe seguirse el modelo del *contiguuum* con enfoques multidisciplinares y multifase.
- 3) La respuesta debe evitar ubicar a la comunidad en el último eslabón de la cadena de toma de decisiones en los procesos de transparencia y rendición de cuentas al tener una agenda de desembolso de fondos tan inflexible.
- 4) Deben imponerse modelos de intervención adecuados a las capacidades de la comunidad, de su tejido social y de sus fortalezas y no una réplica de modelos aplicados en otros contextos, ya que ella será la que garantice la sostenibilidad de la intervención al atender a sus demandas.
- 5) Seguir el principio de *Do no harm* y tener cuidado de no crear situaciones de dependencia al no contar con las demandas de la comunidad.
- 6) Evitar las recetas e indicadores de los ODM que se muestran como estructuras fijas en ocasiones ineficaces. Ejemplo de ello podría ser otorgarle mayor peso a la cobertura y no tanto al impacto o a la morbilidad.



- 7) No invertir en tecnologías inapropiadas que están avocadas al fracaso al no ser factiblemente utilizables por la comunidad e insostenibles en el tiempo por técnicamente buenas que sean.
- 8) Tener unos criterios de salida y estudiar el papel que el personal humanitario puede desempeñar con un buen plan financiero. Valorar correctamente cuál es el valor añadido que nuestro personal puede aportar.
- 9) Tratar de evitar una agenda de los donantes muy llevadas por la mediatización y no tanto por el impacto y el fortalecimiento de la resiliencia cuando es el verdadero éxito de la gestión de las respuestas a las emergencias

22 DE OCTUBRE. COLOQUIO.

Sudeste asiático, ¿un ejemplo de éxito?

“En nuestra burbuja del bienestar, pensamos que hay cosas que pertenecen al pasado y otras que no merecen preocupación ni ser difundidas en los medios, contribuyendo a una amnesia selectiva en la sociedad que estamos construyendo. Las cámaras se van, pero las víctimas se quedan.” R. M. Calaf.

Ésta jornada fue precedida de la proyección del documental *S-21: La máquina de matar de los Jemeres Rojos*, del director camboyano Rithy Panh y una presentación del mismo y aproximación a las tareas de reconstrucción de Lucía Alonso, escritora del libro *Reanudar lazos rotos. Estudio de la reconciliación en Camboya*.

El documental, rodado en las instalaciones de los tribunales a “los que muchos entraban, pero nadie salía”, cuenta con el testimonio de varias de las personas que vivieron el exterminio camboyano, tanto víctimas supervivientes como los carceleros y los torturadores del S-21, lo que lo convierte en una demasiado cruda aproximación al terror que vivieron todos los “enemigos del partido” que pasaron por allí. Lo novedoso de esta cinta es el modo en el que los entrevistados, partícipes de aquel exterminio, representan casi de modo teatral pero en un escenario real durante gran parte del documental, el día a día que se vivió durante el lustro que duraron las torturas y ejecuciones de los presos mientras el régimen de Pol Pot se mantuvo vivo. Se calcula que aproximadamente 1.700.000 personas murieron a manos de los Jemeres Rojos.

A diferencia del resto de las jornadas, la dedicada al sudeste asiático varió el estilo de abordaje del tema al optarse por un coloquio entre expertos con experiencia en el área geográfica del día y con la moderación por parte de la periodista Rosa María Calaf, en vez de las ponencias más de tipo teórico de cada invitado. Por esta razón, hemos optado por presentar todo el coloquio en su conjunto, es decir, las respuestas de los invitados sobre los distintos problemas relativos al sudeste asiático que iba presentando la célebre periodista de TVE y con un tema central en el debate: el tsunami de 2004. Los invitados fueron: Manuel Sánchez Montero, jefe de la oficina de Acción

Humanitaria de la AECID; Jaime Bará, subdirector del Área de Desarrollo de Cooperación Internacional de Cruz Roja Española; y Lara Contreras, responsable de Advocacy Humanitario de Intermón Oxfam.

El primer tema de debate fue la petición a los invitados de una pequeña aproximación personal al tema central de las jornadas, ese “y después, ¿qué?” y cierta mención al papel de los medios en estas crisis. Lara Contreras (L.C. en adelante) puso el ejemplo del tsunami de 2004 como la mayor lección para la comunidad humanitaria tanto en lo que a respuesta se refiere, como en reconstrucción. No hay que olvidar que tuvo un seguimiento mediático privilegiado por la época en la que aconteció, Navidad, y por el número de turistas occidentales que se encontraban en los lugares más afectados. Ello provocó que fuera la crisis en la que más fondos para la actuación hubo hasta el momento y permitió hablar de una reconstrucción desde el minuto uno y con vistas a erradicar situaciones de pobreza extrema desde el punto de partida. Aprovechando el cargo del señor Sánchez Montero (M. S. en adelante), la moderadora le preguntó si esa idea de “ayuda de futuro” de la que hablaba L.C. se veía consolidada desde las instituciones de desarrollo como la AECID. El jefe de la Oficina Humanitaria, compartiendo la idea de la invitada anterior, alegó que el tsunami, junto con otras grandes crisis como Ruanda, ha sido uno de los grandes revulsivos para la comunidad humanitaria internacional. No obstante, opina que tampoco aprendimos tanto de la crisis del Índico cuando en Haití, seis años después, pudimos ver los mismos errores, es decir, una avalancha de fondos y una presión muy fuerte para gastarlos en poco tiempo y presión de la opinión pública, así como lo poco que se contó en la identificación de necesidades con la población local. Jaime Bará (J. B.), volviendo al asunto de los medios, afirmó que los desastres siguen a merced de la sociedad receptora de la información, es decir, generalmente, los desastres suelen captar la atención de los países que han sido metrópoli de las regiones afectadas, por ejemplo, un golpe en Guinea Bissau será noticia de primera plana en Portugal, pero es más raro que lo sea en España. Del mismo modo, destacó el hecho de que el mismo año del tsunami, tan cubierto por los medios, hubo en el mundo setecientos cuarenta y dos desastres más que por supuesto no recibieron ese seguimiento en la línea de lo que ha dado en llamarse el “efecto CNN”. Si no hay noticia, no hay emergencia. Retomando la actuación tras el tsunami, el invitado de Cruz Roja advirtió de que no se trata tanto de aprender, en la medida que el

“quehacer humanitario” lleva ya un tiempo muy definido, es decir: toma de decisiones con la población afectada, planificación, programación, etc., sino que muchas veces de la labor de coordinación y toma de decisiones entre los actores depende la actuación final y es complicada en situaciones de emergencia.

Otro de los temas que quiso traer a colación Rosa María Calaf, entroncando con el tema de la coordinación, fue el de la organización de toda esa “industria de lo humanitario” en la respuesta a desastres, a la vista del ingente número de ONGD que existen en el mundo y las prácticas de voluntariado no profesional. En definitiva, el problema del querer hacer, pero no saber cómo y la educación para el desarrollo en los países con un mayor nivel de desarrollo. L.C. destacó el caso de Oxfam en el tsunami y el modo en que la organización tuvo hasta problemas internos de coordinación y mayores todavía con el resto de actores. La presión de sus socios para ejecutar los doscientos veintidós millones de euros de los que disponía Oxfam para los próximos cinco años y la falta de entendimiento con otros actores, provocó que incluso tuvieran que comenzar proyectos humanitarios en los que tradicionalmente no había participado. M.S., en relación a la educación para el desarrollo, ve decisivo el papel de los medios de comunicación, de los gobiernos y de las organizaciones para con sus socios, en la realización de una buena sensibilización e información sobre los problemas existentes en la consecución de desastres y el conjunto de buenas prácticas humanitarias a la hora de actuar tras un desastre. Las personas a las que sirve la acción humanitaria merecen un respeto y es de total exigencia que la ayuda que reciban sea de calidad y, sobre todo, profesional. Se hace del todo necesaria la especialización del personal humanitario para un servicio con un mínimo de calidad. J.B. añadió al respecto que la verdadera preocupación, más que la buena coordinación entre actores extranjeros, es fortalecer a las instituciones locales y apoyar su propia capacidad de respuesta. Estas instituciones ya existen y en muchos de los casos hacen una labor excelente, pero son las grandes olvidadas desde los países de occidente. La labor humanitaria hoy día tiene, incluso en los países del Sur, una metodología muy específica para los casos de actuación. Las crisis no se improvisan. Con respecto al elevado número de ONGD, el miembro de Cruz Roja destaca el hecho de que en una sociedad plural y con distintos objetivos que pueda tener la sociedad civil y que esté dispuesta a apoyar, no puede limitarse el número de organizaciones, por muchas que sean. A raíz de esta última intervención, M.S. añadió



que podía compartir las opiniones de J. B. acerca de la necesidad de potenciar la actuación local para la respuesta y, asimismo, la existencia de una consolidada y tecnificada metodología del humanitarismo, pero que ese, precisamente, podía ser uno de los problemas con los que contábamos hoy día, o sea, la falta de flexibilidad y adaptación al contexto determinado en el que se desarrolle el desastre por tratar de seguir una rígida y mecanizada práctica ya estipulada.⁹

La moderadora quiso virar hacia otro de los ámbitos de actuación de la acción humanitaria como es el de los conflictos, empezando por tratar el tema del comienzo, es decir, una aproximación general de los invitados a las actuaciones humanitarias en situaciones bélicas o posbélicas. Rompiendo el hielo, Lara Contreras destapó un término en boga en el mundo humanitario como es el de las “emergencias complejas”. Hoy en día es frecuente que términos como pobreza, crisis alimentarias, desestructuración estatal, desastres naturales o conflictos se vean plenamente imbricados y con escasas posibilidades de separar sus causas de las del resto. Todo ello ha de tenerse en cuenta en las actuaciones humanitarias en conflicto y en las reconstrucciones de paz. A esto suma M.S. que, al margen de esta complejidad, en el caso de los conflictos la ayuda está muy ligada a la voluntad política de los actores. La Ayuda Oficial al Desarrollo (AOD) por sí misma tiene poco que hacer en la asistencia en conflicto o en las tareas de construcción de la paz, es más, en muchos casos, si la respuesta no es integrada teniendo en cuenta la complejidad antes mentada, puede ser un factor de empeoramiento de la situación si no se abordan otros aspectos no tan relacionados con el humanitarismo, tales como el buen gobierno, la reconstrucción social o la desmovilización. J.B., apelando al Derecho Internacional Humanitario (DIH), puso de manifiesto las diferentes maneras de actuación del humanitarismo en los casos de conflictos en comparación con los de crisis naturales. El DIH y la Corte Penal Internacional son las bases de la “civilización de la guerra” y del trato que deben recibir todos los actores que en ella participan; pues bien, del mismo modo, trajo a colación el debate actual acerca de la posibilidad de legislar internacionalmente para los casos de desastres naturales, es decir, que si existen mecanismos internacionales de actuación para evitar y juzgar los crímenes de guerra, deberían existir otros para poder actuar internacionalmente frente a desastres naturales y evitar las negligencias y escollos que en muchas ocasiones resultan ser los gobiernos de

⁹ El lector recordará que esta serie de temas fueron también tratados en la tercera mesa redonda por el ponente Pablo Alcalde y puede analizarlos más detenidamente en su ponencia.

los países afectados. Si bien hay muchas normas internacionales que irían por ese camino, éstas no se cumplen y todavía no están recogidas en una suerte de corpus legislativo específico.

Finalmente, Rosa María Calaf quiso conocer la opinión de los invitados acerca del problema de la corrupción de los poderes locales y gubernamentales en la gestión de la ayuda humanitaria recibida cuando en ocasiones, por ejemplo, se pueden ver en los puestos de los mercados los sacos de ayuda humanitaria. L.C. afirmó que, por norma general, las organizaciones ya están muy profesionalizadas y son conscientes del juego de jerarquías y negociaciones políticas que hay que hacer cuando el interés prioritario es llegar a las víctimas. En su opinión, es muy raro que las organizaciones entren en ese juego y si se suele encontrar los sacos de ayuda en los mercados, es en gran parte de los casos debido a robos. J.B. advirtió que, aunque es un hecho que ha ocurrido y sigue ocurriendo, en ocasiones los medios de comunicación han hecho norma de la anécdota, cuando en muchos casos es un porcentaje ínfimo de la ayuda la que no llega a su destino. En ciertos casos, el mal diseño de un proyecto es el que favorece la situación y no la corrupción; es decir, cuando la población local recibe productos que no cubren sus necesidades –muchas de las veces son paquetes humanitarios prediseñados los que se envían y pueden encontrarse mantas nórdicas en países de altas temperaturas todo el año, verbigracia–, los utilizan para trocarlos a venderlos. Además, como citaba L.C. también son muchos los casos de robo de la ayuda. Por otro lado, es importante que las organizaciones tengan muy presente la necesidad de evitar una práctica común entre los líderes locales y es la de la “apropiación” de la ayuda, o sea la de forzar la llegada de esos productos cuando en el fondo no se encuentra la comunidad en una situación de extrema necesidad en comparación con otras, con el único fin de obtener réditos electorales. A este respecto, M.S. añade que la buena identificación de un proyecto es esencial para evitar este tipo de prácticas, pero que, no obstante, no hay que olvidar que la comida en sí es dinero y con ella se pueden obtener otra serie de artículos que la familia o comunidad pueda necesitar.

29 DE OCTUBRE. MESA REDONDA 5:

Irak y Afganistán, ¿guerras resolutivas?

La última de las jornadas del ciclo, más que en una región que en sí misma encerraría varias tardes de debate y teorización, se enfocó sobre dos de los países de Oriente Medio más asolados por la violencia como son Irak y Afganistán. Son dos guerras que pasarán a los anales de la historia por su larga duración, su alto índice de letalidad de la población civil, el número de refugiados y desplazados internos, los niveles de militarización que están alcanzando sendos países o la situación de destrucción del tejido social, entre otras tantas características que reflejan la complicada tarea de reconstrucción que está por venir. Estas dos campañas iniciadas por Estados Unidos son perfectos ejemplos de estudio para abordar el papel de la acción humanitaria en sociedades golpeadas por conflictos armados, así como para el estudio de todos los componentes político-económicos que deben estar presentes en el análisis de un conflicto desde el humanitarismo. Un buen inicio para ello fue el modo en que comenzó la sesión al proyectar el documental de 2010 *The War you don't see* del célebre periodista australiano John Pilger en el que el autor se acerca al papel de los medios de comunicación en las guerras, a cómo éstos esconden y/o justifican los crímenes de guerra perpetrados y cómo la principal víctima es la sociedad civil que no sólo no es informada sino que es manipulada. Una perfecta reivindicación de la libertad de prensa y del derecho a la información como vía para evitar que continúen cometiéndose crímenes en guerras como Irak, Afganistán o Palestina por parte de los países que se precian de ser las democracias más consolidadas de la tierra.

OLGA RODRÍGUEZ. Periodista especializada en Oriente Medio y escritora.

La periodista Olga Rodríguez, de gran experiencia en el campo de Oriente Medio y testigo directa del conflicto Iraquí en distintos periodos, quiso presentar un panorama general de la situación que en estos momentos atraviesa el país, tratando de



acercar los problemas de la población poniendo nombres y caras al sufrimiento de una sociedad desmantelada por la guerra.

Las ciudades iraquíes, claro reflejo de la sociedad, siguen y seguirán marcadas por las cicatrices de la guerra. Bagdad, por ejemplo, es una amalgama de altos muros de cemento, edificios deteriorados, alambradas, un devastado abastecimiento eléctrico por los bombardeos y cuatrocientos “check points” que salpican la ciudad, haciendo prácticamente imposible la salida a cualquier lugar sin pasar por uno de ellos. A ello hemos de sumarle el hecho de que el país se halle en uno de los momentos de militarización más exacerbados, teniendo en cuenta que el 13% del PIB iraquí se está destinando a la compra de armamento a Estados Unidos y que en este momento se calculan 80.000 mercenarios –de los cuales 5.000 son contratados a EEUU– al margen de las tropas regulares militares por todo el territorio del estado.

Desde un punto de vista social, los problemas son diversos. En primer lugar, hay que contar con que el tejido social, después de un millón de muertos según las fuentes, se ha deteriorado enormemente con las perniciosas consecuencias puramente humanas, pero también económicas derivadas. Por otro lado, el sectarismo dentro de Irak se ha agravado notablemente. Al igual que en un principio Estados Unidos se apoyó en los chiíes para combatir a la principal resistencia suní, al cabo del tiempo se dio un viraje al tratar de integrar a esas “Brigadas del Despertar” suníes en el ejército regular. Tras el abandono del país por parte de los norteamericanos en 2011, la persecución de los chiíes de Al-Maliki se recrudeció e incrementó el encono entre las dos ramas del islam. En tercer lugar, cabe destacar que cinco millones de iraquíes, es decir, una quinta parte de la población, se refugió en Siria durante la guerra que comenzó en 2003 y ahora vive el conflicto en el país de Bashar Al-Assad.¹⁰ Por último, la situación de la mujer ha sufrido una gran lesión en lo que a derechos se refiere en la medida que las tesis más fundamentalistas se han recrudecido en el país.

Analizando ahora los aspectos de tipo económico y geopolítico, Irak, que ha visto cómo se ha llegado a condonar el 80% de su deuda, ha remontado muchos escalones en la producción petrolífera y se halla ahora en uno de los mejores momentos con tres millones de barriles de petróleo diarios. Este peso adquirido económico vuelve a ponerle en la primera división de la región, al tiempo que sus relaciones con Irán son

¹⁰ Es curioso y debe reseñarse el hecho de que ahora los iraquíes han cerrado las fronteras a todos los refugiados sirios desde el comienzo de la guerra hace más de un año en el país mediterráneo.



notablemente mejores desde 2006 y en este momento le permite que sus fuerzas aeronáuticas sobrevuelen su espacio aéreo con el fin de armar a Siria mientras que Arabia Saudí y Qatar tratan de dar apoyo a la oposición de Al-Assad.

JESÚS NÚÑEZ. Codirector del Instituto de Estudios sobre Conflictos y Acción Humanitaria (IECAH).

Mientras que en el caso de Iraq cabe plantear el debate sobre si ha terminado o no la intervención militar extranjera, en el caso afgano no cabe la duda. En el marco de una operación militar iniciada en octubre de 2001, y con una implicación protagonista por parte de la OTAN (bajo la denominación de ISAF y con las bendiciones de la ONU), la campaña de Afganistán ya ha pasado a los anales como la más larga de la historia de los Estados Unidos. Hoy, la convicción de que la victoria militar está fuera del alcance de ISAF, junto al desgaste económico y militar acumulado durante diez años, llevó a los aliados a establecer la salida de todas las tropas de combate del país a finales de 2014. Esto significa dejar a Afganistán en una situación completamente contraria a la pretendida en origen: ni desarrollado, ni reconstruido, ni pacificado.

Afganistán es hoy un Estado en buena medida fallido, envuelto en una guerra internacional que algunos gobiernos no quieren denominar de ese modo, inmerso además en una guerra interna con una amalgama imprecisa de actores combatientes de todo tipo (desde señores de la guerra a bandas criminales, sin olvidar a insurgentes nacionalistas y a grupos terroristas) y sometido a las presiones e intereses de poderosos actores regionales que dirimen sus propias diferencias en territorio afgano.

A esta situación se ha llegado como resultado de cuatro importantes errores estratégicos. El primero deriva de la ingenua creencia de que bajo el impacto de la invasión desarrollada en octubre de 2001 el régimen talibán y el núcleo central de la red Al Qaeda habían desaparecido por completo; cuando, en realidad, lo que hicieron fue difuminarse en un terreno que conocían perfectamente con la intención de no ofrecer batalla frontal a un enemigo militarmente muy superior. El segundo de estos errores fue la apertura del frente iraquí en marzo de 2003, cuando la situación en Afganistán no daba el más mínimo signo de estar consolidada. La dispersión de esfuerzos, hasta poner al límite la capacidad militar de Washington, permitió la reentrada en el escenario



afgano de unos talibán y una Al Qaeda que realmente no habían desaparecido y únicamente esperaban su oportunidad para volver a la carga. En tercer lugar, en una tónica tantas veces repetida anteriormente por parte de Occidente, se eligió como aliado local un dirigente escasamente dotado políticamente como Hamid Karzai, incapaz de gestionar el país e imponerse a sus rivales. No resulta extraño que haya sido apodado reiteradamente como “el alcalde de Kabul”, dado su escaso peso político. Por último, y de nuevo siguiendo una senda ya fracasada en otros escenarios, se volvió a apostar por un enfoque militarista como eje central de la intervención exterior para reconstruir el país, incluso con la pretensión inicial de forzar por medios militares su democratización. Se dejaron de lado, así, otras herramientas más adecuadas para ese empeño, subordinando cualquier estrategia sectorial a los dictados de la planificación militar. No hace falta argumentar hoy por qué ese no es el camino.

A partir de esas consideraciones previas no puede extrañar demasiado que la situación actual de Afganistán ni siquiera se aproxime a la que tenía en 1979, cuando se inició la invasión soviética. Es bien cierto que la situación de partida no era muy favorable, con un país creado artificialmente por los británicos en el que se obliga a vivir a comunidades que no tienen ningún deseo de compartir un territorio nacional, con una orografía que dificulta enormemente las comunicaciones y las relaciones sociales o económicas, y con altísimos niveles de corrupción endémica que encuentra su sustrato más profundo en el narcotráfico y el contrabando del que se benefician tradicionalmente auténticos señores feudales que no reconocen ninguna autoridad nacional por encima de ellos. Pero también lo es que la intervención exterior no ha sido bien recibida por amplias capas de la población afgana y que tampoco se ha logrado crear una dinámica de colaboración con actores tan potentes en la región como Paquistán, India o Irán, sin los cuales gran parte del esfuerzo se dilapida sin remedio.

Ante esta situación, y a la vista de que la victoria militar es materialmente imposible, se ha llegado a la decisión de buscar una salida digna, retirando las tropas internacionales de combate, en un proceso imparable que ya hace tiempo que mostraba a las claras la falta de convicción de muchos de los gobiernos nacionales que han acompañado a Estados Unidos en esta desventura. El contingente actual no basta para rematar militar la tarea de la pacificación y no existe la voluntad política de ampliarlo hasta los más de 500.000 imprescindibles para plantearse un objetivo de ese nivel.

Situados ante esa decisión de retirada, cabe preguntarse cuál es la estrategia que se pretende seguir. A Estados Unidos- el mayor financiador del gobierno afgano y el mayor contribuyente militar al esfuerzo realizado por la ISAF- le basta hoy con alcanzar la estabilidad de Afganistán (abandonando el objetivo de la democratización que idealmente se planteaba la administración de George W. Bush), evitando que vuelva a convertirse en un santuario del terrorismo internacional. Para ello procura, en primer lugar, reforzar a su aliado local, el siempre cuestionado presidente Hamid Karzai, frente a los diversos líderes locales que se resisten a reconocer su autoridad. Este empeño puede verse truncado en 2014, cuando se celebrarán las nuevas elecciones presidenciales a las que Karzai no puede presentarse por agotamiento de sus dos mandatos. Todo dependerá de si el nuevo presidente se acomoda a los dictados de Washington o si prefiere adoptar un giro político más próximo a los talibán o a otros.

En segundo lugar, Washington trata de capacitar a las fuerzas armadas y a las fuerzas de seguridad afganas para hacerse cargo de la seguridad del país. Para ello está llevando a cabo un amplio proceso de reclutamiento e instrucción de soldados que debe llevar hasta los 395.000 efectivos para finales del próximo año. Dado el alto nivel de analfabetismo, el escaso salario ofrecido (en comparación con el que pueden obtener los grupos opositores financiados por el narcotráfico), la necesidad de abrir las puertas a todo candidato (lo que facilita la infiltración de elementos talibán y de milicias de todo tipo) y el alto número de desertiones existentes, resulta muy aventurado suponer que esas fuerzas estarán realmente en condiciones de garantizar la seguridad de sus ciudadanos en tan corto plazo de tiempo. Por último, se pretende atraer a los talibán a la mesa de negociaciones combinando la fuerza (que ha llevado, por ejemplo, a la eliminación de Bin Laden) con una oferta para compartir el poder en Kabul.

Por su parte, los talibán procuran eliminar a los colaboracionistas con las fuerzas que apoyan al gobierno de Karzai y aguantar los golpes. Su planteamiento básico pasa por esperar a que se retiren las fuerzas internacionales contando con que entonces podrán imponerse a las autoridades locales y terminar con quedarse con toda la tarta del poder que está en juego.